



Ciencias Sociales Online

revista electrónica

ISSN 0718-1671

URL: <http://www.uvm.cl/csonline>

Email: jgibert@uvm.cl

Ciencias Sociales Online, Noviembre 2007, Vol. IV, No. 3. Universidad de Viña del Mar – Chile

ACTUALES ORIENTACIONES POLÍTICAS DE LAS CAPAS MEDIAS EN CHILE (1)

Currents political orientations in the Chilean middle-classes

Ignacio Balbontín Arteaga
Ministerio Secretaria General de la Presidencia
E-mail: IBalbontin@minsegpres.cl

ABSTRACT

The paper seeks in the social and sociological theory of stratification, as well as in empirical reports, the sources and more currents explanations about the mayor changes in political everyday life into the dynamics of middle-classes in Chile. Finally, it explores some interpretations and consequences from those transformations and how generates new kind of political influence in Chilean politics.

Key Words: <political orientations, middle-classes, stratification, political influence>

Recibido: Junio 2007

Aceptado: Agosto 2007

1. EL PROBLEMA

A partir de 1990 y en forma paralela a la apertura del juego democrático en Chile, empieza a hacerse presente progresivamente un notable cambio en los estilos de influencia política empleados anteriormente, lo que se acentúa hasta hoy. Este cambio impacta principalmente en la compleja relación entre la sociedad y la política. Este fenómeno ha incidido en un peligroso proceso de pérdida de calidad, prestigio e incluso de descalificación de la actividad política, en el seno de la sociedad.

Las formas o estilos de ejercer influencia política no son estáticos, sino que varían en función de la cultura política hegemónica en distintas etapas históricas. Algunas formas de relación simbólica pasan a ser consagradas por largo tiempo y otras pasan a ser rechazadas, produciéndose una dinámica de cambio en los estilos y comportamientos políticos colectivos.

En nuestro país, una vez iniciado el proceso de transición democrática, aparecieron en el escenario político de manera disruptiva e imprevista, formas de comportamiento, actitudes y personajes aparentemente inéditos. Nos referimos específicamente a los intermediarios mentores o padrinos y a las “maquinas políticas” o “lotes”, existentes al interior de todos los partidos políticos y también fuera de ellos. Dichas organizaciones informales o facciones, han ido generando estructuras y personajes que son ilustrativos. Se focalizan a través de los nuevos jefes, lobbistas, operadores y activistas u operarios de base, que no obedecen a los cánones que existían en el período republicano en que estuvo realmente vigente la Constitución de 1925, ni tampoco como es obvio a las arbitrarias prácticas existentes durante la dictadura. Estos formatos y actores, han sobrepasado los límites de los partidos políticos.

La influencia política, es decir la negociación por medio de distintos símbolos, significados e intereses, es consustancial a la democracia e indispensable en su desarrollo. Es lo que equivale y sustituye a la guerra es decir a la violencia, en los juegos del poder. Es una forma de presión que puede permitir a la soberanía mayoritaria consagrar un orden y establecerlo según sus orientaciones. Según nuestro parecer, en el actual debate político, carente de profundidad, madurez objetiva y de matices, se corre el riesgo de condenar todo tipo de influencia política y junto con aquello la sustentabilidad de las formas democráticas, necesarias para el juego natural entre los actores de la mesa del poder.

Para obtener pistas explicativas acerca de cómo se ha ido produciendo este nuevo formato de influencia política y los dilemas que entraña, nos proponemos iluminar la parte señalética de la relación entre la política y la sociedad.

Hemos escogido observar y analizar los “estilos políticos” actuales precisando sus fundamentos simbólicos, algunos de los cuales están más fuertemente afincados en uno de los diferentes sectores de las capas medias. Una parte mayoritaria de este segmento que llamaremos tradicional, usaba y aún utiliza códigos sociales y políticos de carácter clientelar ideológico y la otra que denominaremos “emergente aspiracional” la que emplea coordenadas mercantiles y financieras de patrocinio liberal tecnocrático operativo. Así se está produciendo un choque al interior del gran “piso” ubicado en el medio del edificio social de Chile. Una disputa por el predominio de expresiones simbólicas entre aquellas más propias de la solidaridad de amplio espectro y las características del mercado, a través del conflicto entre dos capas medias verticalmente transversales: las tradicionales y las emergentes.

Chile enfrenta un gran dilema que va a marcar el nuevo ciclo histórico que se está iniciando a partir de estos años. Este dilema se va a resolver mediante el predominio de alguno de los segmentos de capas medias que se imponga. Es decir, la preponderancia de una de las dos

formas de cultura política. La lucha será entre la que se inspira en el mercado y la competencia que lo hace en las formas solidarias, integradoras, inclusivas o incorporadoras.

En el primer tipo de grupo, no se puede negar el peso que a través de los años a partir de 1973 ha ido adquiriendo la cultura neoliberal de mercado y el impacto del mercantilismo en todas las esferas de intercambio. Una de las características de esta ideología es que no reconoce límites de penetración en ningún sistema de la sociedad. Se ha incorporado a todas las formas de intercambio. En lo político, al menos lo ha hecho en el diseño de políticas a través del lobby, en la organización de la actividad política a través de las máquinas operativas y en las formas de reclutamiento de liderazgos y votos, a través de activistas salariables.

Hay que reconocer que a partir de 1988, es decir del plebiscito, hay un nuevo actor político que llegó para quedarse: los medios de comunicación masiva. La batalla comunicacional del triunfo del No marcó un hito en la política nacional, a partir del cual el peso político de los contenidos y formas de la comunicación masiva se han incrementado geométricamente. Tienen un enorme peso multiplicador. Junto a ello, es imposible negar que en su estructuración y orientación se haya generado un cierto conductismo mercantilizado. Se ha producido también en su conformación orgánica una concentración económica que conduce a un control sesgado que impide el pluralismo. De ese modo sus orientaciones establecen marcos, mediante una publicidad obediente a los mercados, los ratings y las encuestas de opinión.

Pero para captar más adecuadamente el cambio que se ha producido en el espacio público, hay que considerar además un tercer factor: el impacto producido por el surgimiento de un nuevo contingente, aquel de las capas medias aspiracionales. Este golpe de fuerza, no ha sido menor.

La batalla política estratégica se está concentrando en el hemisferio social de las capas medias. Todos los partidos, sin excepción, disputan el centro del espacio político que se confunde con la conquista de las capas medias. Hay varios argumentos para que aquello suceda de ese modo. La capacidad articuladora del centro, ha sido garantizada históricamente por el radicalismo y la democracia cristiana, a través de todo el siglo pasado. La existencia de procedimientos de intercambio de signos tolerantes y solidarios, tan acendrados y típicos de las capas medias tradicionales, se expresó a través de ellas en su cultura política y sus expresiones partidarias. Las antiguas capas medias cumplieron un papel de amortiguador de los conflictos sociales, que resultó ser funcional a los procedimientos democráticos. En la actual comunicación masiva y simplificada de señales y símbolos esas formas pasaron a identificarse con todas las clases medias y su madurez cívica y democrática.

Finalmente, hay un argumento electoral contundente. En todas las formas de consulta y análisis sobre el 70% de la población, se identifica con las capas medias. Su peso estadístico es innegable.

Para comprender mejor lo que sucede y sucederá entre estos dos sectores medios, nos parece necesario recurrir al análisis de la acumulación de experiencias históricas. Es preciso observar que la cultura política se desarrolla diferenciadamente según diversos espacios institucionales. Las instituciones claves hacen de marco, ancla o vector orientador para que se desenvuelvan las dinámicas de intercambio de clases o grupos sociales, dentro de los ciclos históricos. En Chile ha habido a través del transcurso del tiempo, dos instituciones primordiales que permiten construir grandes bases explicativas para el orden político: el Estado y la Iglesia Católica. Ha habido además, dos instituciones burocráticas secundarias también marcadoras de jerarquías orientadoras: las FFAA. y las estructuras de los mercados que producen una acumulación patrimonial.

En el siglo recién pasado, hay claramente tres ciclos importantes del Estado chileno. 1. El de la vigencia de la Constitución de 1925 hasta 1973. 2. El de la dictadura de Pinochet desde 1973 hasta su derrota cívica en 1988. 3. El de la vigencia de la actual Constitución y los gobiernos de la Concertación.

A través del tiempo nuestra estructura de clases ha tendido a simplificarse en términos de identificación. En la actualidad, según los más diversos estudios, ésta tiende a configurarse en tres pisos. Uno pequeño numéricamente pero de gran acumulación patrimonial, protegido por fuertes controles y barreras. Un amplio piso del medio, con el que se identifica la inmensa mayoría, pero de cierta heterogeneidad simplificable en dos cortes transversales: tradicionales y emergentes. Finalmente un segmento decreciente de grupos excluidos.

Al combinar los dos esquemas anteriores, podemos construir una herramienta de observación. Esto nos permite comprender lo que sucede en las capas medias y sus derivaciones en estilos políticos contradictorios. Usando esta diagramación hemos hecho una caracterización primaria de las diferentes formas señales y símbolos que emplean los actores en su proceso de identificación, detectándolos a través de la observación participante, los datos de grupos focales y la lectura histórica.

2. UN DISEÑO Y ALGUNOS CONCEPTOS BÁSICOS PARA OBSERVAR ORDENADAMENTE EL PROBLEMA.

Entendemos por estilo político la modalidad de influencia que tienen los partidos políticos, que incide en las leyes, normas, estrategias y políticas públicas, así como las formas que estos conciben y diseñan para obtener respaldo democrático por medio del reclutamiento de adeptos, la orientación de liderazgos y el apoyo de contingentes sociales y votos.

La modalidad de influencia da como resultado una forma específica de intercambio de favores y servicios entre partidos y ciudadanos. Dicha forma tiene sus propias marcas o sellos, inspirados en determinados orígenes histórico-institucionales. Así se da lugar a maneras diferentes de organización estructural, que surgen de la acción y la experiencia política.

En todas las sociedades conocidas, se presentan diferencias sociales más o menos acusadas, en distintos terrenos, las que varían a través del tiempo. Económicamente, hay diferencias de acumulación de riqueza material o patrimonio. Políticamente, las hay de poder o influencia de unos respecto de otros. Socialmente se producen como consecuencia del prestigio, del capital social y de las redes de contacto e intercambio. Culturalmente, por la posesión de capacidades de abstracción y absorción de conocimientos, expresiones estéticas y habilidades comunicativas, lenguajes, dominio de valores culturales y apropiación de símbolos rituales, etcétera.

Producto de lo anterior hay diferenciación social y desigualdad. La desigualdad es por lo tanto, un fenómeno universal que se manifiesta simbólicamente y ritualmente, en todas las sociedades humanas. Estas diferencias se usan con sentido de poder e influencia y se simbolizan lo que precisamente permite interpretar analíticamente el sentido de la distinción. Se producen así muros simbólicos los que denominaremos "barreras" cuando son cerrados y obstructivos. Pero una cosa es la diferenciación que provoca desigualdad cuando surgen barreras insalvables y otra distinta es la especialización que construye distinciones de tareas y funciones.

La dinámica de diferenciación se da individual o grupalmente, en sentido vertical u horizontal. Cuando hay alza o progreso para el actor, lo denominamos movilidad vertical ascendente; cuando por el contrario hay caída en los escalafones, la llamamos descendente. Pero hay

también una movilidad horizontal, que se produce dentro de un mismo territorio geográfico nacional y al interior de los propios estamentos sociales donde se ubican los grupos o personas.

Aquí partimos de la constatación que las diferencias sociales, se producen en todas las sociedades del orbe y en todos los tiempos. También éstas se producen al interior de los grandes segmentos sociales. Afirmamos, que las diversidades son obviamente un hecho social objetivo. Pero la desigualdad también es característica tanto de las sociedades más simples, como de las más complejas o modernas. Lo que hace la diferencia entre unas sociedades y otras, es el grado de distancia social vertical que permanece a través del tiempo histórico o el llamado largo plazo. Consiste en la distancia que separa a unos actores de otros, pero especialmente en los criterios a partir de los cuales se estructuran dichas diferencias. Estos factores de diversidad, tienen una enorme variedad produciendo distingos en las esferas económicas, sociales, políticas y culturales.

También a través combinaciones de señales que se producen entre ellas. La clase media, en el pasado permitía asimilar la aceptación de las desigualdades, al hacer de puente transaccional y transicional desde la marginalidad hacia la integración. Esto ya no sucede tan fácilmente ni del mismo modo en la sociedad contemporánea entre los sectores medios y la pequeña y poderosa minoría situada en el ápice de la pirámide social.

Suponemos que a mayor diferenciación social, en sociedades democráticas y libres, habrá mayor potencialidad de conflictos. Chile desgraciadamente es hasta hoy, comparativamente, un caso particular de desigualdad vertical. Tiene una de las mayores brechas sociales de América y el mundo. Así lo ilustran las más diversas investigaciones empíricas. A pesar de lo anterior, debemos hacer presente también que en los mismos términos comparativos, Chile no ha tenido grandes conflictos generalizados y violentos salvo las escasas excepciones que señala la historia. Esto, a nuestro juicio, debido al crecimiento progresivo de las capas medias que han cumplido con un rol "osmótico" hacia los segmentos más bajos. Nuestro país evoluciona y progresa más y mejor en un ambiente legal y pacífico que mediante conflictos violentos, lo que ha sido garantizado por estos sectores. ¿A que se debe la tradición chilena, que apunta notablemente hacia la solución pacífica de los conflictos en vez de la vía armada o violenta? ¿Qué importancia tienen en este asunto las capas medias para la solución política articuladora que se ha empleado históricamente?

Al respecto, consideramos de valor comprensivo adoptar el concepto de identidad como construcción cultural. Dentro de este cuadro de diferenciación social, entenderemos la identidad con un sentido pragmático. La concebimos como lo que las personas o grupos hacen preponderantemente y lo que construyen a propósito de su accionar. La vemos, como el resultado de la acción social. Las personas o grupos son fundamentalmente aquello a lo que se dedican. Suponemos que se autodefinen a través de un proceso de construcción simbólico sea en virtud de una abstracción o introspección individual o a través del intercambio o debate comunicativo de señales, en lo grupal. Por lo tanto la identificación se nutre de una estructura de señales codificadas, proveniente de la actividad principal. Los actores son aquello que hacen y lo que expresan simbólicamente de su quehacer. Pero esto varía muy dinámicamente en las sociedades modernas globalizadas. En ella, los grupos y personas cambian de una actividad a otra con gran rapidez y por ende construyen su identidad de modo variable, casi como juego de máscaras. Lo hacen mediante un proceso semejante a los ensayos de prueba y error. A través de esta dinámica, los actores asumen los nuevos rituales requeridos. Los concretan tomando en cuenta diversos criterios: características o habilidades. Así construyen sus historias; los entornos o contextos; las aspiraciones, proyectos o ideales y sus afectos. Contribuye en el proceso la visión de los otros; los eventuales fracasos, los rechazos o incapacidades. En esta dinámica, hay entonces, exploraciones, transiciones, interfases, vueltas atrás, nuevas identidades consolidadas o

identidades secundarias y paralelas. Entramos así a un mundo de identidades múltiples y cambiantes, en el cual, hay que fijar la atención en lo principal, sin quedarse en lo accesorio y aparente. Hay aquí que precisar la diferencia entre lo que es el espacio de socialización y aquello que las personas o agrupaciones terminan por hacer preponderantemente y que concluye por identificarlas durante un tiempo determinado.

Para comprender mejor el caso nacional, en términos de esta dinámica de cambios de estilos sociales y políticos, es preciso optar por perspectivas que nos permitan captar empáticamente lo que ahora está sucediendo. Lo haremos de tal modo de iluminar adecuadamente el camino variante y heterogéneo que han seguido los fenómenos.

La historia universal nos señala ejemplos sintomáticos de diferencias sociales: la esclavitud, la servidumbre, la casta o Varna, los estamentos feudales, en fin muchos más. Todas ellas tienen distintas fuentes, que se manifiestan y manejan en las esferas culturales. La combinación de señales, símbolos, maneras de ser, estilos y ritos, generan identidades, producidas por el juego entre las grandes barreras y las pasarelas que se producen a través de ellas como "rompe filas".

Como sabemos, el término clase tiene un origen latino que proviene de los encargados romanos de los censos y tributos. Estos diferenciaron los diversos grupos contributivos de la población ciudadana, según la cuantía de los tributos que debían entregar al Imperio. Esto dio origen a una nominación que luego se extendió.

En la época de las sociedades industriales incipientes, el concepto se universalizó y expandió a otros dominios. Fue adoptado por diversos autores, para referirse a las diferencias sociales resultantes del proceso de desarrollo del capitalismo.

La evolución del mundo moderno, la globalización y el desarrollo científico, tecnológico y comunicacional, han hecho variar nuevamente las estructuras de las sociedades que se han tornado más complejas y dinámicas. Así las referencias a las identidades de clase, que eran probablemente válidas en el siglo XVI o el XIX, ya dejaron de serlo. Sin perjuicio de lo anterior, en la sociología actual, la discusión entre objetivistas y subjetivistas aun no se ha agotado.

Para nuestros efectos, nos detuvimos especialmente en la dinámica estratégica política que se produce en el seno de las capas medias como caso sintomático. Lo hicimos porque la gran mayoría se identifica con las capas medias. Enfocamos metódicamente lo que sucede con un actor colectivo que consideramos estratégico: las capas medias "aspiracionales" ¿De qué manera se hacen presentes en política los grupos medios emergentes, en el acontecer propio de los escenarios del poder? Al parecer lo llevan a cabo con el fin de pasar a formar parte de organizaciones de influencia llamadas "lobbys, máquinas políticas, operaciones y movidas".

Para comprender los cambios que justifican los estilos de vida y las formas de comportamiento político, hay que observarlos desde una perspectiva histórica de más largo plazo, pues esto permite percibir los símbolos y ritos característicos que les dan sentido orientador.

La primera interrogante que planteamos es si en el caso de la clase media se trata de una sola clase, o si es un contingente múltiple y heterogéneo ¿Es sólo un grupo con la misma identidad, o por el contrario se trata de un conglomerado intermedio donde se unen

diferentes idiosincrasias y aquellos que la “componen, chocan entre sí o articulan”, de manera diferente y con variaciones respecto a lo que sucedía anteriormente?

En estos tiempos, sostenemos que nuestra gran clase media se ha tornado especialmente líquida; conviven en su interior, es decir en el espacio social correspondiente, básicamente dos identidades culturalmente diferentes.

Adoptamos el concepto de clase con sentido subjetivo y práctico, es decir incluyendo en él, todos los elementos de diferenciación con barreras rígidas, no sólo aquellos de orden económico. Lo hemos hecho mediante la observación e interpretación de comportamientos simbólicos, ritos, estilos, gustos y maneras de ser. A nuestro juicio, esto nos permite comprender mejor las grandes brechas de desigualdad simbólica, y también real, aún existente en nuestro país y al interior del segmento intermedio. Sobre todo, nos hace factible captar los procesos de intercambios transaccionales y transversales, entre distintos grupos de identidades mutantes y heterogéneas. De éste modo, podemos visualizar los diferentes sentidos de los cambios. Así es posible prospectar hacia donde se dirigen las combinaciones y articulaciones y los ritos simbólicos de intercambio que cumplen.

A la clase media le asignamos un rol fundamental en los cambios de estilo, ya que es en su seno donde se desarrolla con más fuerza un corte o ruptura en las formas. Eso permite entender los significados de las “identidades que se han ido construyendo socialmente” como conjuntos simbólicos. Por una parte había habido una cierta forma o estilo político tradicional ya acuñado por largo tiempo, el que se rompe por la penetración de la clase media emergente. Surgen así nuevas formas a las que les asignamos un papel crucial. La clase media aspiracional, pasa a ser un actor colectivo disruptor, por lo que la escrutamos en profundidad, en el uso de estos estilos de vida, formas de intercambio y barreras de diferenciación, para de allí extraer el significado de las claves de su estilo de actuar en política.

Para ser consistentes con nuestra opción de mirar desde la experiencia concreta, consideramos la política como una praxis dejando de lado otras múltiples perspectivas posibles. La vemos “como aquella práctica que se ocupa de gestionar, resolver conflictos colectivos y de crear coherencia social, traduciendo sus resultados en decisiones obligatorias para todos”. En otras palabras, señalamos que la política deriva en normas universalmente aceptadas, compartidas y generalmente cumplidas, en un determinado lapso histórico. La concebimos como un producto de acciones e interrelaciones humanas de intercambio, cuyo destino es construir un orden para regular las conductas de los ciudadanos. En el caso de los chilenos, en un marco jurídico determinado, ahora de carácter democrático, diferente de aquel que le antecedió que era de tipo dictatorial.

Desde esa perspectiva en el proceso del análisis hicimos coexistir tres “lecturas” paralelas que intentamos congeniar. La primera asumiendo y ordenando la propia experiencia personal, como observador participante durante gran parte de los tres períodos históricos escogidos. La segunda mediante “la captación y empatización” de símbolos, estilos, gustos, formas y maneras de ser, de tal modo de construir una “idea” acerca de cómo se produce este intercambio, variable a través del tiempo, entre un colectivo humano con un rol social y otro con un papel político. Comparamos los “imaginarios” pasados con los actuales. Lo hicimos a través de la “lectura” de los relatos descripciones y valoraciones que se hicieron, al interior de grupos focales de capas medias, a fines del 2006. La tercera fue una lectura carácter histórico, para comprender la forma como se han ido articulando a través de las distintas épocas, los actores sociales y sus representaciones simbólicas correspondientes en la actividad política.

A partir de 1990 comienza a producirse un hecho curioso y evidente que denota las características de una coyuntura histórica distinta de las dos épocas anteriores, de la Constitución de 1925 y aquella de la dictadura. Los actores políticos existentes al interior del sistema inician una fuerte disputa por el centro del espectro. Este fenómeno nos parece que ha sido propicio para la generación de nuevas formas en las relaciones político-sociales. A partir de ese momento primario de la transición política las dos grandes coaliciones, al interior del sistema, cual más cual menos, se declaran públicamente con “vocación de centro”. Todas quieren ser articuladoras del sistema y por lo tanto, hacen una política denominada “consociativa”. Surgen de ese modo actores y formas para cumplir con estos papeles de convergencia. Fueron estas formas, las que privilegiaron roles de intermediación e intermediarios. Fueron estos actores los que diseñaron formas sintomáticas que les permitieron construir “pasarelas” entre el pasado autoritario y la nueva democracia transicional. Ellos fueron los intermediarios que marcaron los primeros moldes.

Desde el punto de vista social, como hemos visto, Chile actualmente parece tender hacia una cierta simplificación estructural. Una sociedad de tres “pisos” verticalmente hablando, pero de gran heterogeneidad y variabilidad en cada uno de ellos. Especialmente en los dos más bajos. Hay un segmento muy reducido, de muy alta riqueza y patrimonio personal y familiar de todo tipo, que es muy cerrado en sus barreras, las que son muy altas en lo económico y de estilos complejos sofisticados y crípticos en lo social y político. Un segundo sector, enormemente mayoritario, de niveles patrimoniales medios y alta permeabilidad en su movilidad, que son las capas medias. Y finalmente, un rango minoritario de grupos sociales de ingresos precarios, que han sido socialmente excluidos de los servicios básicos hasta hace pocos años. Fueron los marginados respecto de gran parte de los beneficios sociales durante el autoritarismo pero que han sido provistos de ellos progresivamente, por el Estado en los últimos diecisiete años.

En los inicios del siglo, XXI no sin grandes dificultades, Chile se está orientando hacia una sociedad más igualitaria, inclusiva e integradora. La dificultad, es decir el gran conflicto que se aproxima, “con señales torcidas”, estriba en la capacidad política que tengan el Estado y la sociedad, para dar un segundo paso histórico, dentro del mismo período de predominio concertacionista. El primero fue el paso de la dictadura a la democracia, el de ahora es desde neoliberalismo aún hegemónico, hacia un Estado Social de Derecho, democrático, inclusivo y solidario. Este es expresamente el nuevo patrón de ideas matrices, proyectadas para esta etapa por el sector político gobernante: la Concertación. Esto va conformando el perfil de un escenario público distinto al de los otros períodos anteriores a 1990. Sorprendentemente, esto se viene a notar más ahora en el 2007, cuando se hace dicho intento para dar este segundo paso. Es el esfuerzo por incorporar a todos los sectores sociales precarizados, disminuyendo así las diferencias de acceso a los servicios y a las oportunidades de progreso, constituyéndolas en derechos institucionalmente consagrados.

Una parte importante y significativa de las dificultades políticas actuales, dicen relación con la disputa que se dará en el futuro cercano en este campo en el cual se encuentran las capas medias. La competencia de poder será preponderantemente simbólica y políticamente significativa. Ahora la disputa se realizará con nuevas herramientas. No con las violentas empleadas por la dictadura sino mediante formas sociales y políticas más sutiles. Será con otros medios pacíficos y más políticos con actores preparados para esta brega, pero hay que observar: ¿Cómo? Esta ya se está llevando a cabo, con la participación activa o la omisión de estos dos grupos diferentes de las capas medias.

Para apreciar y comprender la disputa en toda su magnitud hay que considerar lo social, político, cultural y económico en toda su compleja interrelación. Hay que ver, especialmente, como se ha ido produciendo la “invasión” de las “señales y valores” económicos del mercado individualista, en los sectores emergentes y hacia el resto de la sociedad. Esta penetración ha sido profunda hacia todas las otras esferas sociales y políticas, mucho más allá de los límites

de los mercados económicos. Por lo tanto, trae consecuencias en términos de la validez o legitimidad de las herramientas que se emplean en la refriega, a través del rechazo o aceptación. En otras palabras, se construyen barreras y se crean puentes y pasajes o se cortan e interrumpen.

Hay grupos heterogéneos con identidades diferentes y que tienen, en las capas medias, aproximadamente un mismo rango de capital social. ¿Como lo han construido y como lo siguen construyendo? ¿Poseen los mismos códigos para identificarse entre si o éstos se han transformado haciéndose más líquidos y fluidos? ¿Son proclives a la misma cultura social y política, en lo relativo a sus formas de intercambio o responden a estilos de vida diferentes? ¿Cómo y porqué ha sucedido todo lo anterior?

Hemos pretendido hacer una “lectura inicial” del cambio, en el comportamiento de estos dos sectores sociales de las capas medias, para entender las consecuencias políticas que se derivan de aquello. La actual “clase media”, con sus dos caras de “Jano” ha pasado a ser clave en lo electoral. En otros términos un “talisman” apetecible. La principal carta de triunfo en las futuras votaciones. El principal territorio en disputa electoral. Por eso al mismo tiempo, ha pasado a ser la más importante cantera de reclutamiento de dirigentes políticos y un símbolo anhelado de poder formal y electoral.

Debemos anotar que la democracia, tiene sentido de articulación e inclusividad en el escenario público. Curiosamente éstos son dos rasgos básicos que han sido, históricamente hablando, asignados a las capas medias. ¿Qué pasará ahora? Recordemos sin embargo, que la negociación y la influencia son “el poder en bruto” pero la principal diferencia entre la guerra y la política, como formas de influir en los comportamientos.

3. DOS TIPOS DE CAPAS MEDIAS VERTICALMENTE TRANSVERSALES.

Para comprender mejor lo significativo de los comportamientos disociadores producidos al interior de las capas medias cabe ahora preguntarse: ¿Cómo cumplen en este tiempo su papel, al poseer dos actores colectivos transversales con identidades distintas? ¿Cómo ejercen su doble condición de agentes políticos de cambios y de amortiguadores de conflictos?

Para comprender mejor el dilema planteado nos hemos propuesto el camino de observar el comportamiento de los dos grupos caracterizándolos desde una perspectiva histórica de más largo plazo y comparando los sentidos de sus señales en distintos períodos de tiempo. Mirando como se han ido construyendo, reconstruyendo, inventando y adaptando socialmente sus lenguajes, significados y formas de intercambio que pueden derivar en estilos políticos con orientaciones diversas.

Insistimos en que esta es una primera aproximación, hecha en términos muy generales. Desde esta dimensión vertical, hemos identificado dos grandes grupos medios, estructuralmente transversales, que se expanden horizontalmente en todo el territorio del país y que abarcan todo el espectro político de partidos. Ambos grupos, tienen movilidad social y hacen uso de sus redes transportando sus dos orientaciones básicas características.

Hay un sector más numeroso y asentado que hemos llamado “tradicional” y otro, al que hemos denominado “emergente”. Con el fin de lograr una caracterización que facilite una cierta identificación, hemos procedido a sintetizar y simplificar los rasgos extraídos de la observación.

El sector tradicional adquiere sus rasgos fundantes de los procesos producidos durante el período de la modernización en el pasado siglo. En él influyeron dos elementos de ese tiempo: el ambiente del Estado-Compromiso y de la radicalización ideológica demarcada por la “Guerra Fría”. El segundo formato, se produce a partir del marco ideológico neoliberal y el período dictatorial. A cada cual procedimos a denominarlos por sus “identidades” es decir por sus rasgos neurálgicos sociales y políticos y según los nombres comunes que les ha otorgado la prensa. Los apelamos “los tradicionales” y “los emergentes”.

El sector más reciente históricamente, que hemos denominado “emergente”, es hasta ahora el menos numeroso pero con más potencial de crecimiento y de movilidad vertical en razón de sus elevadas aspiraciones. Está compuesto en buena proporción, por los que se clasifican en las encuestas socio-económicas como C2 y C3. Sin perjuicio de aquello es transversal, abarcando todo el espectro de las capas medias, en distintas proporciones. Se ha asimilado plenamente a las pautas de la llamada “vida moderna” y a las actitudes y prácticas de la economía de mercado neoliberal. Es individualista y egocéntrica en lo personal. Autoreferente, monetarista y mercantilista para aquilatar los valores tanto del mercado como del resto de las relaciones. Exitista y gráfico en su imaginario para medir el mérito social. Es trasgresor de las antiguas formas de influencia organizacionales y de las estructuras y límites de los partidos políticos. Si le es posible, prefiere “el camino corto” con cierta “pillería para ubicarse” comunicacional o laboralmente, en vez del esfuerzo sistemático. Pertenece plenamente a la cultura consumista de los “malls” endeudándose fácilmente. En general, si se le interroga, no manifiesta abiertamente su línea o posición política, declarándose independiente, apolítico o sin participación alguna en ella. No se compromete ni con un ideario, ni con organizaciones sociales o culturales; sin embargo, es ardiente “hincha” televidente en materias faranduleras y deportivas. Hedonista en sus gustos y pragmático en sus opciones. “Súper cuidadoso de su individualidad”, salvo en los espectáculos de masas donde se muestra socialmente o en las “pantallas”. Proclive y disponible a la cultura del mercado. Se muestra favorable a las actividades y diversiones “light” y se declara sin grandes compromisos valóricos o fundamentales de ningún tipo. Es un “self made man o woman” a la chilena, admira la forma de vida “yanqui” casi sin asumirla conscientemente habiéndose acostumbrado a la comida chatarra. Busca una rápida movilidad ascendente individual mediante apariencias, imágenes y marcas. Si decide inmiscuirse en política es claramente un trasgresor de los estilos más tradicionales, con sus antiguas formas de intercambio e influencias y de la moral sexual católica últimamente construida especialmente por la visión post conciliar de carácter integrista.

En forma paralela a lo anterior, desde mucho antes y atravesando todo el espectro de la clase media, existe un sector “tradicional”. Este es amante del terruño, el barrio, el vecindario, la provincia o la ciudad de origen. Es, por decirlo de alguna manera heredero histórico y social de las instituciones y estructuras verticales de nuestra sociedad de los siglos XIX y XX acumulando gran parte de la experiencia en sus vivencias. Como individuos son “isleños” cercanos y respetuosos de la naturaleza y del progreso conjunto. Como grupo son solidarios, esforzados y emprendedores en materia de conocimientos, puesto de trabajo o empresa. Como sector social son meritocráticos con sentido valórico y sistemáticos para lograr objetivos, según el esfuerzo, la experiencia o la dedicación a los estudios, trabajos o empresas. Es más bien grupalmente amistoso y comunitario. Es además partícipe de organizaciones; con conciencia cívica; “trabajólico” y con rasgos burocráticos de compañerismo. Inclusivo, cohesivo y abierto. Es un sector dispuesto a “compartir la vida” y le gusta “echar la talla”. Tiende a la movilidad colectiva familiar, más que a la individual. Favorece los cambios, pero siempre que se respeten los marcos formales, administrativos e institucionales.

Los emergentes aparecen en un escenario político de mayor crecimiento económico del país en un alineamiento neoliberal. Sin embargo en términos de dimensión demográfica aún no

llegan a ser los más numerosos proporcionalmente. Como en general son de menor edad, tienden progresivamente a separarse y restarse de la actividad política mediante, la abstención electoral, pero participan en actividades masivas de entretenimiento. No opinan o dicen no saber, en las encuestas. No están “ni ahí”, como dirían en algún momento del pasado reciente ciertos jóvenes, pero reivindican con mucha fuerza sus derechos individuales y reclaman las deficiencias de los servicios sociales. Tienen poca cultura política o ciudadana y conocimiento de los derechos humanos más elementales, ya que pocos tuvieron acceso a la educación cívica básica. Además, parecen no haber sido “socializados” ni familiar ni políticamente, debido al largo receso político previo, durante la dictadura. Son más proclives a relacionarse con la política de modo utilitario, es decir, en términos mercantiles, de intercambio monetario, por servicios prestados y saldados monetariamente. En concreto privilegian, si es que actúan políticamente, ciertas formas de “exteriorización” de la actividad, bajo formas contractuales explícitas.

Por todo lo anterior parecen estar más “disponibles” para los “nuevos estilos políticos”, los que hemos ilustrado sindicando las facciones, los lobbys, máquinas y operadores. Son más pragmáticos y faranduleros en sus gustos, por lo que son más fácilmente captados a través de los medios de comunicación masiva o de los ambientes de negocios.

Son volubles en sus simpatías políticas, adhiriendo a liderazgos individuales más que a posiciones políticas por motivos éticos, filosóficos o de pensamiento. En caso de interesarse por esta actividad, adoptan más bien una forma de relación que hemos denominado de “vasallaje autoritario mercantil”. En la medida que se les “solucionen los problemas concretos” y se les mantenga bajo buenas condiciones salariales, pueden perseverar en una relación verticalmente dependiente de algún “padrinazgo”. Si no es así, cambian rápidamente de simpatía y adquieren otro vínculo, empleando “códigos y lenguajes” propios del intercambio comercial. En otras palabras, se desentienden velozmente de su anterior relación, en la medida que capten que no les es “conveniente”, sobre todo materialmente. Así la relación política tiene una condición “desechable”. Tienen rasgos de interés en la movilidad vertical individual en todas sus formas, usando con soltura los cambios de marcas en la ropa, autos, paquetes turísticos, en fin los nuevos símbolos y señales de prestigio.

El corte o grupo transversal tradicional tiene hasta ahora un mayor contingente y es mucho más antiguo. Ha seguido el curso y el código propio del “clientelismo ideológico” en boga en el período “republicano”, anterior a 1973. Intenta reformularse en sus comportamientos colectivos adoptando nuevos símbolos. Ha tenido flexibilidad y elasticidad desde hace mucho más de un siglo. Con esta capacidad y sus redes, logró sobrepasar la experiencia de la dictadura, mediante procedimientos no violentos. Ahora va adoptando algunos parámetros modernos científico-tecnológicos y comunicacionales manteniendo su idiosincrasia fundamental. Ha aceptado, en algunos casos, las nuevas formas que ha adquirido la actividad política, pero le incomodan. Se han incorporado a la sociedad globalizada, pero manteniendo viejas tradiciones de socialización familiar y de pensamiento a través de pequeños grupos. Como estos elementos fueron claves en la movilización social que llevaron a cabo frente a la dictadura, se niegan a abandonarlos haciendo adaptaciones para responder mejor a propuestas y estrategias políticas más sistemáticas, en términos de contenidos, calidades, ideas y propuestas. Rechazan fuertemente la falta de respeto a los derechos humanos y civiles, la manipulación, el oscurantismo, el engaño, la corruptela y la falta de responsabilidad en todos los planos. Reclaman más representación democrática y participación social. Como han tenido mayor socialización política a través de las relaciones cercanas o cara a cara, participan como ciudadanos. Sin embargo como las actuales barreras institucionales persisten junto con las construidas por las facciones, no están predispuestos mayoritariamente hacia una participación militante o activa al interior de los partidos políticos. Prefieren más bien, hacerlo en organizaciones sociales, religiosas o de distintas

denominaciones. Escogen lo familiar, escolar y cercano optando cuando pueden por relaciones cara a cara.

Estos son los dos polos opuestos y transversales de la sociedad chilena que conviven desde fines de los años ochenta. Con este perfil general, intentaremos remontarnos a sus lógicas simbólicas, por medio de una breve visión histórica.

4. ASPECTOS DE LA HISTORIA POLÍTICA RECIENTE QUE INCIDEN EN LAS ORIENTACIONES Y EN LOS ESTILOS POLÍTICOS ACTUALES

Hoy, parece evidente que la disputa política está focalizada en la conquista de los contingentes de clase media. No ocurrió así en los años de la Constitución del 1925 hasta 1973. Tampoco lo fue en tiempos de Pinochet.

Hasta ahora, hemos visto ciertos rasgos generales característicos y sintomáticos de la identificación de estos grupos pero queremos desentrañar las grandes señales históricas de interpretación, para detectar como se han conformado las bases de los estilos políticos diferentes y casi opuestos. Dejamos establecido que este choque ha derivado y se puede traducir en comportamientos que son rechazados por unos y defendidos por otros.

Desde el plebiscito pasando por las elecciones de todo tipo que se han realizado hasta ahora sea presidenciales, parlamentarias o municipales, estas han sido ganadas por la Concertación. En todas esas convocatorias populares, las capas medias han pasado a ser políticamente estratégicas y le han dado a ésta, su apoyo electoral privilegiado. Sin embargo, por su tamaño y crecimiento, el segmento emergente pasa a ser cada vez más atractivo, dentro del contingente medio. Hoy es un pivote de oportunidad política. Su importancia radica en que serviría para cambiar democráticamente la mayoría y el poder político, desde la Concertación hacia la Alianza. Como ahora se está fraccionando la cultura política de las capas medias, todos los partidos políticos y las corrientes de opinión, han construido nuevos mecanismos de reclutamiento y convocatoria siguiendo el curso de lo anterior.

Hoy las capas medias emergentes o aspiracionales, favorecen símbolos de interrelación e influencias que apuntan al intercambio de favores y servicios según una cultura liberal y mercantil, los que son más coincidentes con aquellos de la Alianza. Estos chocan con los de las capas medias tradicionales, aún dominantes en las estructuras formales de los partidos políticos, especialmente de la Concertación. Pero hay que anotar que también, que al interior de esta coalición gobernante, hay corrientes y grupos liberales mercantiles que tienden a competir con las mismas herramientas.

Si recurrimos a la historia política y observamos aquel período que abarca desde la promulgación de la Constitución de 1925 hasta 1973, hay dos subperíodos o tramos históricos interesantes, dentro de un mismo corte constitucional, que sirven para explicar una cierta paradoja en la relación entre las capas medias y los sectores marginados en su proceso de incorporación social.

Entre 1925 y 1952, hubo una creciente hegemonía de una cultura política liberal, secular, laica, racionalista y tolerante. Esta fue la época de la hegemonía radical, mediocrática de carácter clientelar. Sin embargo, en ese ambiente, por causas internacionales, es decir de la Guerra Fría, a partir de la post guerra y aquella de Corea, comienza a germinar una polarización ideológica que pasa a ser dominante. Entre 1925 y 1973 hubo choques ideológicos pero al mismo tiempo un “acuerdo social” latente.

Si bien es cierto que en la etapa histórica nacional comprendida entre 1925 (nueva constitución) y 1973 (golpe militar), hubo agudas discrepancias y enfrentamientos ideológicos entre los diversos sectores de la vida nacional, no es menos cierto que ellos coexistieron con un “acuerdo social” básico que aunque no estaba formalmente establecido, permeaba la vida económica y sociopolítica del país.

El desarrollo histórico de este período no fue, desde luego, lineal ni estuvo exento de interrupciones y retrocesos. Del liberalismo populista clientelar de Arturo Alessandri afincado en las capas medias que irrumpió haciéndose presente en el escenario político en esa época, el país transitó hacia las primeras experiencias socialdemócratas, lideradas por el Partido Radical con implantes socialistas en el período 1939-1952. Es la etapa del crecimiento hacia adentro, de la sustitución de importaciones de raigambre cepaliana, de la industrialización del país creada y gestionada directamente por el Estado empresario a través de la CORFO, así como del inicio de la protección social, el sistema de salud pública y el Estado docente. El Código del Trabajo con la regulación protectora de los derechos de los trabajadores y el aliciente de la sindicalización se unió a la consolidación de la salud y del trabajo como derechos básicos que terminaron por conformar las bases de un Estado de compromiso.

Este proceso histórico no se detuvo sino que se fortaleció en sus características fundamentales durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Con transformaciones sociales como la reforma agraria, la sindicalización campesina, la promoción popular, la chilenización del cobre, la ampliación de la cobertura del sistema educacional y de salud. El gobierno de la democraciacristiana contribuyó poderosamente a la organización de los sectores populares y a su articulación e incorporación a la vida política junto con las capas medias. Hay que hacer notar que estos amplios sectores sociales habían sido marginados y excluidos históricamente hasta ese momento.

La lucha ideológica acompañó el desarrollo de todo este proceso al interior de nuestras fronteras, pero a pesar de las influencias y vínculos con grandes centros de poder europeo y norteamericano, se mantuvieron los rasgos de unidad social en el imaginario de las capas medias y populares. El contexto internacional de la época estaba dominado por distintas expresiones de la Guerra Fría entre los dos grandes bloques en los que se dividía el mundo. El incidió en cada hecho político e incluso en cada expresión ideológica de cualquier parte de la tierra. Basta enunciar algunos de los acontecimientos que marcaron la etapa histórica a la que nos estamos refiriendo para dimensionar el potencial de agudización de la lucha inspirada en idearios contrapuestos que tenía cada uno de los polos: Muro de Berlín, guerra de Corea, independencia de países africanos, invasiones norteamericanas a Centroamérica, revolución cubana, invasión soviética a Hungría, tensión con Yugoslavia, guerra de Vietnam, desarrollo de la Alianza para el Progreso, invasión de Bahía Cochinos, emplazamiento de misiles soviéticos en Cuba, crisis a raíz de ese hecho, barreras de misiles en Europa y países estratégicos, carrera nuclear y prevaencia de doctrinas de seguridad orientadas a la destrucción mutua entre Estados Unidos y la Unión Soviética, etcétera.

Todo ese complejo cuadro internacional agudizaba las luchas sociales e ideológicas e influía sobre la escena política de cualquier país del mundo, sin que Chile fuera una excepción. Es en este contexto que hay que entender la compleja dinámica de los movimientos estudiantiles, sindicales y poblacionales de la época, así como las características que iba adquiriendo el enfrentamiento político nacional.

La lucha por proyectos históricos opuestos globalmente por la “Guerra Fría” provocó confrontaciones en lo internacional y en las concepciones de la democracia por un lado, pero por otro como hemos destacado, generó convergencias y concertaciones para superar la injusticia social. La lucha abarcó toda la sociedad, pero generó puentes y pasarelas que

rebrotaron posteriormente durante y frente a la dictadura y se expresaron en una cultura compartida institucionalmente a partir de 1990.

Así como el período radical tuvo una marca social, secular y tolerante de Estado productor, el período demócratacristiano tuvo una marca de un humanismo cristiano contra las injusticias de la sociedad tradicional conservadora. Esto incluso llegó a fraccionar la cultura de otra institución vertical clave, la Iglesia Católica; sin embargo hay que anotar que en el caso de Chile, la mayoría de ella, en su jerarquía y laicado, se pronunció por la justicia social.

En todo este período la ideología “justificó” las decisiones políticas de los partidos pero éstos se entrecruzaron con los mecanismos de influencias, los intercambios de servicios y los “brokers” de negocios. En definitiva, se produjo una guerra ideológica a dos bandas, donde quedaron incluidas las capas medias en su mayoría pero, a pesar de todo, en su cultura quedó latente el anhelo de lucha a favor de los cambios sociales inclusivos e integradores. La confrontación ideológica por el sistema político democrático, dejó oculta la unidad subyacente por la justicia social. Esta unidad social, explica a nuestro juicio, la paradoja de la apertura de las barreras hacia los sectores marginados y populares. Hasta los años sesenta, se puede decir que predominó una suerte de clientelismo mediocrático cerrado, respecto de los sectores populares, pero a partir de la experiencia de Frei y la cédula única, con la reforma agraria y educacional, la sindicalización campesina y las reformas laborales, más la promoción popular, se generaron las bases de un nuevo “pacto”, entre las capas medias y el mundo marginado.

El régimen cívico-castrense, encabezado por Augusto Pinochet U. entre 1973 y 1989, intentó mantener y profundizar la gran brecha entre el marxismo y las otras posturas políticas e ideológicas. De paso, sin embargo, suprimió todas las instituciones y redes que consagraban el pacto social en germinación. Junto a aquello negó la existencia de una gran parte del espectro político y social. El quiebre social y político, se profundizó como producto del receso político y la represión. Chile se dividió tajante y engañosamente por la fuerza de las armas: entre “patriotas y vende patrias”; “humanos y humanoides”. Esto produjo un gran trauma que aún divide a Chile más allá de la muerte del dictador, lo que se expresa en el intento de cautelar su herencia ideológica, a través de enclaves o barreras institucionales que aún perseveran y que generan grandes obstáculos al desarrollo pacífico. No se trata que no hubiese ideología durante Pinochet, como la derecha pretende aparentar. Había una sola tolerada oficialmente. Esta era “la del autoritarismo neoliberal cubierta por la seguridad nacional”. Esta fue la llamada democracia protegida. Una parte de la “cultura política” actual, corresponde a aquella de la dictadura y se manifiesta en la Alianza por Chile. Esta mantiene vigentes estos principios al interior de sus partidos. Sólo han dejado de lado, aparentemente, partes de las formas de protección autoritarias. Por lo demás, se han encargado de intentar enganchar mediante lo que resta institucionalmente del modelo neoliberal, a la cultura del nuevo segmento emergente en la clase media. El neoliberalismo intenta nuevamente después de veinte años, hacerse hegemónico mediante una nueva fórmula, la disputa electoral democrática pero mercantilizada. Prevalen las formas y los estilos políticos que marcaron el pasado reciente con los signos del neoliberalismo, el mercantilismo y la mediatización conductista. Intentan de ese modo, hacer brotar lo sembrado entre los sectores “emergentes” de las capas medias.

Debemos destacar que cada sector al interior del “piso del medio”, hace diversos requerimientos mediante formas propias y particulares. Muchas veces, las demandas del sector emergente, se contradicen y chocan con las líneas u orientaciones de las políticas públicas de la coalición de gobierno y de la clase media tradicional. Sus contenidos centrales, parecen provenir de la “cultura de los negocios y del intercambio mercantil”. Usan los rasgos de carácter “mediáticos, cosistas, e inmediateístas. Esto se ilustra palmariamente en la frase

tan usada hasta hace poco: “solucionar los problemas concretos de la gente”. Ello parece tener eco en las capas medias emergentes y provoca roces culturales con los tradicionales.

Hay una segunda paradoja importante hoy en día. Hay dos grandes coaliciones al interior del sistema político que manifiestan formalmente su credo democrático y por eso manifiestan su vocación de centro; sin embargo, se mantiene institucionalmente un gran obstáculo que impide el intercambio fluido y representativo hacia los intereses y valores mayoritarios. El actual sistema de arbitraje político de los grandes conflictos constitucionales, conduce al empate paralizante. El pacto Constitucional aún vigente a pesar de las últimas reformas aprobadas en el período de Ricardo Lagos, no parece justo en términos de representatividad. Las elites políticas han retardado o se han negado implícitamente, durante largo tiempo, a quitar la gran barrera política del medio. El impedimento jurídico malicioso, se mantiene por debajo del “discurso” aparentemente democrático de la derecha. Así, la división política de Chile en dos bloques igualados mañosamente en fuerza parlamentaria, se mantiene impuesta institucionalmente, como lo fue mediante la fuerza y la violencia, durante todo el régimen autoritario. Se mantiene un empate a toda costa, mediante dos grandes barreras o muros: el binominalismo y el mecanismo de decisión parlamentaria, que fija altísimas cuotas para lograr las mayorías necesarias superiores a los cuatro séptimos del Parlamento para hacer reformas. Esos son los votos necesarios para efectuar los cambios a las leyes orgánicas constitucionales. Los quórum calificados para decidir el futuro, han dejado intocadas hasta ahora, instituciones fundamentales. Se mantienen como barreras inmovibles dieciocho instituciones claves que fueron dictadas precipitadamente, a fines del gobierno de Pinochet. De este modo, se preservan mediante, postergaciones, manipulaciones y evasiones, leyes que duran casi veinte años. Casi todas ellas son instituciones que ilustran la “Ideología Oficial” de la época dictatorial. Se petrifica así un esquema político y económico concentrado y bipolar con un empate paralizante.

A la vez esto produce el congelamiento de las elites políticas. Esto se hace ahora mediante los juegos facciosos. Los partidos políticos, aunque mantienen aparentemente sus estructuras formales de mando y conducción, son permanentemente sobrepasados por facciones transversales. De ese modo resguardan de hecho sin quererlo, el “legado institucional de Pinochet”. Mantienen cerrado, mediante fuertes barreras jurídicas el escenario político y de paso separan al sistema y a la política del pueblo soberano, es decir de la ciudadanía. Este oscuro diseño, mantiene bajo condiciones de cónclave, a la llamada elite política. Se hace por medios impropios y oligárquicos favoreciendo la condición tácita más trascendental: que nada significativo cambie, manteniendo los vectores centrales del orden económico neoliberal.

Se reproduce una estructura política piramidal y oligárquica a dos bandas, que abarca a las dos grandes coaliciones, pero que concentra la competencia por los cargos de poder más bien al interior de cada una de ellas, mediante el choque de facciones al interior de los partidos las que terminan siendo transversales estableciendo puentes particulares entre las dos coaliciones. Esto liga conservadoramente el pasado reciente con el diseño de las políticas del futuro pero a la vez une férreamente la política y los negocios. Al mismo tiempo esto “engarza” o “engancha” favorablemente con los estilos de vida, de las capas medias “emergentes”. La cultura política del pasado autoritario entra a predominar en la minoría emergente. Los criterios de influencia y discernimiento institucionalizados son los mercantilizados, monetarizados y financieros, no los de la solidaridad o la integración, que históricamente propiciara la clase media tradicional

Tomando en cuenta lo anterior, vale la pena hacerse algunas preguntas:

¿Como realiza cada uno de los actores actualmente su función política? ¿En razón de que, lo hacían antes y como lo hacen hoy? ¿Que estructuras políticas son las encargadas de diseñar las tareas? ¿Con quien y para qué, lo hacen?

Si partimos de la base que aún persevera en la “gente” el “trauma” de la división política producida en el pasado reciente y de sus consecuencias, hay que ver que efectos produce esto en las formas de relación política. Al respecto debemos asumir el antecedente sólido de los sondeos de opinión.

Se encuentran presentes en el inconciente colectivo los resultados de la guerra silenciosa, sucia y violenta de los años 70 al 90 y no se quiere que esto vuelva a suceder bajo ninguna forma. Aún hasta estos días se detecta el anhelo social de acuerdos. Hay sed de entendimiento político democrático transparente y representativo, sin embargo lo que se percibe a pesar de todo, es la pequeña lucha por el poder desnudo, que se desarrolla entre las facciones al interior de los dos grandes conglomerados. El juego faccioso hace que nada se haga de cara al pueblo; sin embargo el cominillo mediático transforma algunos pocos hechos, la mayoría de importancia relativa, en grandes noticias. Por el contrario, aquellos realmente significativos que inciden en políticas de mediano y largo plazo, permanecen oscuros y ocultos. Esto impide el ejercicio legítimo del control ciudadano. De este modo prácticamente hay poca responsabilidad política. El escenario, se encuentra “opacado” por lo que provoca desconfianza. Se hace imposible sopesar la representatividad que tienen las distintas ofertas y propuestas. No hay modo para cotejarlas democráticamente, sin distorsiones. La inmensa mayoría demanda que la función articuladora de acuerdos, negociaciones y compromisos, sea realizada por actores formales reconocidos políticamente, con real base y liderazgo representativo. Sin embargo esto se lleva a cabo ocultamente por pequeños grupos de interés, los que si tienen vocería en los conflictos. Hay necesidad urgente de participación de los partidos propiamente tales, de las organizaciones sociales, grupos, corrientes de opinión y de liderazgos individuales, con “peso específico reconocido y proporcional a sus fuerzas; sin embargo se palpa fácilmente la exclusión de la voluntad mayoritaria hecha por secretaría. La gran demanda popular, se traduce básicamente en una condición compartida: “transparencia política” para entender lo que sucede y asignar responsabilidades políticas.

La política es así percibida por la gente como un juego de sombras y máscaras. Con esto, hay sensación generalizada del peligro. Este fenómeno trae como consecuencia una verdadera crisis de confianza respecto de la actividad política. El origen está precisamente en la reacción contraria, frente a estructuras de poder facciosas, petrificadas y oligarquizadas, que se fueron construyendo desde el inicio del proceso de transición, en rancias negociaciones iniciales realizadas por intermediarios que lo hicieron veinte años atrás, bajo condiciones de presión ilícitas. Las facciones políticamente transversales, han impuesto su esquema de poder, a pesar que todo Chile tiene conciencia cierta de su futilidad. Como el debate no es abierto ni transparente, el formato descrito permite la existencia de otro fenómeno que queda en evidencia: el juego soterrado, con contenido ideológico mercantiles, pero que se viene a producir al interior de las dos coaliciones. Esto tiene rebote con los sectores sociales con los que interactúan. Es funcional a las pugnas y desgaste entre los partidos políticos, al interior de las mismas coaliciones existentes en el sistema. Las pugnas son por los cargos de gobierno y de representación pero de hecho, las llevan a cabo las facciones. El precio en imagen lo pagan los partidos. Así se favorece el desgaste y la pulverización interna de los partidos políticos, en múltiples “facciones” o “hermandades” informales, que pugnan por el control de sus directivas en estructuras orgánicas “oligarquizadas”, que orientan la autoridad, la verticalidad y la direccionalidad política en su propio beneficio. Si en otros tiempos, anteriores a la dictadura, había cierta horizontalidad que favorecía la división política de los partidos por razones ideológicas o de valores incluidos los religiosos, hoy esta se produce igualmente, pero por facciones que mantienen las apariencias de unidad, pero que hacen negocios según sus propios intereses. Las autoridades partidarias formales pierden respeto, utilidad funcional y poder. Hoy las tienen de hecho las facciones, que poseen sus propias jerarquías y códigos.

Estos grupos de interés sobrepasan abiertamente las estructuras políticas partidarias y parte importante de las normas administrativas, junto con los liderazgos políticos legítimos.

Son estas “cúpulas” facciosas las que mediante artilugios, terminan asignando muchos puestos de gobierno y cargos de representación en la selección de liderazgos. Ellas fabrican fórmulas de imaginaria carentes de mérito pero validan o destruyen prestigios, según sus intereses. Son las que realizan de hecho, la función de intermediación entre la política y los negocios privados de todo tipo. Estos grupos informales, sin ningún control democrático, “administran” la concesión de “favores”, grandes y chicos. Son, de facto, los grandes intermediarios, que aparentemente pasan a formar parte de las estructuras jerárquicas partidarias mediante procesos de enquistamiento. Se construye así un cierto orden informal, en tres niveles gruesos: los Padrinos que manejan lobbys y negociaciones políticas importantes; la variada gama de operadores políticos que cumplen con la asignación de “pitutos” y los guardianes de la base social, que cautelan clientelas haciendo contratos de servicios. Esto constituye una forma o estilo, distorsionado respecto de los cánones de los sectores medios tradicionales. Las cosas ya no se hacen con sentido de servicio público, en razón del “bien común” en pos de un “ideal”, “sueño” “cuento” o mito, se hacen como contraprestación al pago derivado de un intercambio de poder, que finalmente y en su mayor parte se evalúa en dinero o en el acceso a éste, sobre todo en períodos electorarios. Esto es lo que hemos llamado la mercantilización de la actividad política.

El sistema binominal de dos grandes coaliciones ha derivado en una especie de cobertura para un pacto tácito bimodal, que impide todo cambio significativo en el orden político hacia beneficios sociales institucionalizados. Ambos polos del espectro cuidan sus propios territorios con la condición que ninguno intervenga en el territorio del otro. La derecha no permite cambios que afecten la estructuración del poder en el sistema económico privado, el que cada vez se concentra más. La centro- izquierda intenta nominalmente el desarrollo de un estado social de derecho, lo que naturalmente exige nuevas formas jurídicas que son neutralizadas por la derecha, sin que nada pase ni se responsabilice. Lo significativo en términos de igualdad, es silenciosamente obstaculizado, a través de múltiples artilugios. Casi nada de esto se discute a través de los medios masivos de comunicación. Lo que si aparece con grandes titulares son los manejos turbios de las pequeñas facciones, que violan ciertas normas administrativas.

Como ya lo advertíamos al comienzo hay que agregar entonces la “mediatización” de la actividad política y su carácter conductista, para entender claramente lo que sucede. Las comunicaciones políticas, en su mayoría ya no son cara a cara, sino a través de los medios masivos. Estos medios de comunicación, han pasado a tener progresivamente una concentración de control equivalentes a lo sucedido en otros poderes formales. Hoy la política se hace y se juzga a través de los medios. Los juegos o negocios de intercambio también se han mediatizado. Esto mismo ha permitido la confusión comunicacional producida desde la partida del proceso, debido a los cambios acelerados y profundos en esta actividad. La política se confunde con los negocios en un hemicycle cercado.

Todos los partidos de derecha, centro e izquierda, que conforman las dos coaliciones, intenten captar para efectos electorales, ese conjunto social heterogéneo y plural de las capas medias, uniendo conceptualmente: centro político, capas medias y democracia. Para esta batalla los medios de comunicación han sido claves en su condición de simplificadores y multiplicadores de mensajes. Los emergentes sirven para confundir democracia y negocios. Es cierto que numéricamente las capas medias son una mayoría social creciente, pero se intenta mantenerlas en la ambigüedad conceptual de contenidos, en la medida que ellas usan especialmente la TV como su principal entretenimiento.

Querámoslo o no, todos los partidos políticos anhelan reclutar desde las capas medias a los “cuadros” de liderazgos. Tanto los dirigentes locales como los regionales y nacionales. Esto lo hacen anticipadamente las facciones, pensando en los militantes para ser insertados tanto en los partidos como en la administración pública o privada. Así pasan a ser sus propios equipos de administradores y “operadores políticos”. El propósito creciente en este proceso de “osmosis”, es insertar “intermediarios, conductores” o “comunicadores”, en los diferentes ámbitos de decisión política, económica, social, o cultural. También lo hacen en los medios de comunicación masiva, los que han pasado a ser, verdaderos hitos de la pugna política. Estos son aparentemente asépticos, pero no lo son en realidad, pues construyen agendas políticas de noticias, introducen contenidos o excluyen personas o ideas, según los criterios de mercado. Sirven hoy sobre todo, para construir o destruir liderazgos políticos. Hoy no se matan personas, basta con destruir imágenes mediante la desaparición de las planas o pantallas. Las oligarquías para reproducir su poder, necesitan los medios para impedir u obstaculizar el debate público y profundo de los temas trascendentales y favorecer la entretención de bajo nivel.

Finalmente el sistema de poder bimodal que incluye a las capas medias se estructura en la organización social del trabajo tanto en la administración pública, como en la empresa privada. En los dos campos se reparten prebendas. Los subterfugios son múltiples pero se emplea especialmente la llamada externalización de servicios. Esto se hace con un doble objetivo. Hay intercambio, pero no hay responsabilidad. El partido político aparece consiguiendo un cupo o plaza de influencia, para la persona correspondiente, quien necesita conseguir trabajo y acceso a servicios sociales, pero quien logra en realidad el objetivo de influencia es la facción. Esto ocurrió sobre todo al comienzo del proceso democrático de transición, pues en ese tiempo eran, por decir lo menos, casi efímeras las posibilidades de trabajo. Volviendo al comienzo hay que recordar que los puestos laborales del Estado, habían sido reducidos a prácticamente la mitad a fines de la dictadura. Las empresas del Estado habían sido privatizadas, mediante las políticas neoliberal-autoritarias y los cupos restantes fueron copados por miembros de la Alianza. Muchos funcionarios del estado fueron excluidos. La cesantía había crecido en todos los terrenos superando largamente los dos dígitos. Los partidos clamaban por “nichos” ocupacionales, sin embargo en gran medida estos ya habían sido apropiados por funcionarios del antiguo régimen dictatorial quienes habían asegurado su permanencia. La Alianza tuvo así una ventaja inicial enorme desde 1990 lo que le permitió subsistir electoralmente mediante estas influencias. Así entraron todos en las nuevas modalidades que ligaron la política y los negocios especialmente con los aportes económicos a campañas.

Lo que pudo parecer “natural” en el pasado como servicio o forma de influencia política, ha adquirido así una nueva connotación con la estructura de facciones intrapartidarias. Tiene carácter no reconocido, lícitamente en el juego de los partidos formales. Los del lote o facción realizan un menester oculto. Generan mecanismos fluidos y garantizados de intercambio de favores de manera continua para proseguir la cadena de servicios básicos y alimentar “la máquina”. El intercambio es entre quien consigue la ocupación y quien la desempeña. El funcionario pasa a ser intermediario entre quien recibe la prestación o servicio y quien le consiguió la pega. Son los llamados “pitutos”, a tiempo parcial o jornada completa. Este esquema de favores o servicios tiene ciertos rasgos comunes. Hay verticalidad, pues se reconoce autoridad al menos en dos rangos. El que “concede” el puesto o cargo y quien lo obtiene, pero la cadena continúa entre quien logra el bien o servicio y quien lo percibe. Así se genera una red vertical de “lealtades”. Estas lealtades son interpretadas como sentido de pertenencia al grupo. Fortalecen la identidad grupal, del lote o facción, pero no la del partido que pierde el sentido de servicio a la causa. En el tráfago ha desaparecido la antigua concepción del servicio para satisfacer necesidades del ciudadano común, sin discriminaciones de ningún tipo.

Para resumir, lo que ha hecho la diferencia entre los dos formatos de los dos sectores transversales identificados en las capas medias y de las estructuras políticas, es la “manera” y los contenidos o simbólicos materia de la negociación. Es decir las señales de intermediación han cambiado. Los símbolos y significados, para los dos sectores medios paralelos, poseen sensibilidades culturales distintas. Es distinto el rol del militante activo del pasado vigente hasta 1973 que se jugaba por la causa, que aquel del “agente” propio del régimen de Pinochet. También este es distinto del “operador político” actual, que lo hace para favorecer los negocios de la facción. Uno lo hacía por motivos ideológicos o doctrinarios, el segundo por triunfar en la guerra oculta y sucia, el tercero lo hace preponderantemente por intereses más bien particulares del grupo, según una identidad reducida. Cada vez nos acercamos más a la lógica del mercado de intercambios monetarios y mercantiles.

Durante el transcurso del proceso de transición, de alguna manera se han ido decantando nuevos estilos políticos facciosos que coinciden con la cultura de las capas medias emergentes. En otras palabras, hay formas, a través de las cuales se ha “caracterizando” o impreso distintas marca o sellos de cada período, los que se han reproducido y perseveran en distintos sectores de las capas medias a través de su cultura política.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Este repaso histórico resumido nos ha permitido observar algunas características centrales propia de estos tiempos en que se manifiestan cambios de orientaciones y estilos. Hoy nos encontramos con dos capas medias distintas y confrontadas en sus costumbres raigambres culturales y orientaciones dando lugar a estilos políticos diferentes. Una mayoritaria y tradicional que obedece a parámetros concebidos en el período 1925- 1973 y la otra inspirada en el período de la dictadura de la cual perseveran los rasgos del neoliberalismo vertical y concentrado económicamente.

En Chile, en el período que se inicia en 1990, no hubo un cambio del régimen político radical desde la dictadura a la democracia de modo rápido. Hubo una transición pactada. No hubo un vuelco sociopolítico, como en otras latitudes, por lo que no se suprimió la cultura del pasado reciente. No hubo revolución ni “una vuelta de tortilla”, en la escena del poder. No se produjeron cambios profundos en los estilos de influencia política. Ha habido cambios progresivos a través de una larga y lenta transición, en la cual perduran personajes y estilos políticos facciosos que ponen en riesgo serio, la admirable epopeya y obra democrática, construida con el esfuerzo y sacrificio de la inmensa mayoría.

Debemos recordar varias cosas que hacen crucial lo que está ocurriendo en el segmento intermedio de la sociedad chilena, en razón de las orientaciones y estilos políticos que logren legitimarse. Pasamos a ordenar algunos datos analizados:

Primero, desde el punto de vista social, los ciudadanos chilenos, según las más diversas encuestas, se identifican con el segmento de clase media en una proporción superior al 70%. Por lo tanto los partidos políticos y coaliciones al interior del sistema, intentan conquistar sus contingentes, sin discriminar entre las dos versiones con distintas identificaciones. Buscan lograr la mayoría electoral y captar desde allí, los liderazgos, intereses y propuestas.

Segundo, para despertar empatía, casi todos “los políticos”, es decir, los pertenecientes a los círculos del poder o élite, incluidos en los ámbitos de influencia ahora cerrados en pequeños círculos, se declaran de clase media. Por lo tanto, aparentemente, comparten un mismo mundo o “subcultura”, proveniente de este conjunto denominado clase media, al que identifican con múltiples rasgos positivos y que tienden a confundir con el centro, la democracia, la meritocracia y el esfuerzo emprendedor que provienen de rasgos tradicionales.

Pero también buscan sincronía con el intercambio mercantil y los negocios que son señales de los emergentes.

Tercero, se hace recurrente en el debate comunicacional, la confusión entre centro político, capas medias y sustento democrático, considerándolos a todos como elementos tradicionales, sin embargo también ahora se mezclan los contenidos emergentes el progreso individual sin límites y las oportunidades de negocios particulares.

Cuarto, los rasgos claves de la institucionalidad y de las costumbres políticas del período del “vasallaje mercantil autoritario”, se han reproducido y han enganchado preponderantemente entre “los emergentes” por coincidencia de contenidos culturales.

Quinto, en el período actual, todos los partidos políticos debieron adaptarse a las circunstancias y transformar sus estilos para actuar en esta democracia transicional, de acuerdo con reglas del juego fijadas con anterioridad a ella e incompletas democráticamente.

Sexto, la Constitución, el sistema binominal, el sistema de quórum calificados, la ley de Partidos Políticos y la actual ley de financiamiento electoral, crean las condiciones de un sistema político oligárquico cerrado. En otras palabras el sistema institucional de partidos actualmente vigente, con sus vacíos y omisiones, fortalece el juego de control jerárquico aislante de pequeños grupos o facciones y no el sistema político de partidos formales. Esto aísla la actividad política respecto de la sociedad civil y produce su descapitalización, pues impide la conducción política mayoritaria. Hay incluso una ley de partidos políticos, dictada y publicada durante la dictadura, que se mantiene intocada y que regula el funcionamiento y estructuras de estos, según el modelo autoritario diseñado por el régimen de Pinochet.

Séptimo, este sistema impide mediante barreras institucionales, la necesaria sincronía entre gobernabilidad, acuerdos políticos mayoritarios y representativos y la primacía de la voluntad popular soberana., favoreciendo un fraccionalismo soterrado.

Octavo el fraccionalismo mercantil y transversal de hecho, genera grupos de poder que mantienen barreras oligárquicas mediante mecanismos de intercambio e influencia informales o mercados subterráneos, que sobrepasan e inutilizan las estructuras y mecanismos democráticos legítimos de influencia, propios de los partidos políticos institucionales.

Noveno, lo anterior produce un cansancio que desprestigia la actividad política. La gente tiende a confundir la democracia, con la asignación ineficiente de funciones administrativas o el diseño errado de políticas en el tránsito de las instituciones. Esto es peligroso para el desarrollo y la profundización de la democracia, la que ha costado muy caro recuperar.

Finalmente, el conjunto de estos elementos, sumados a una altísima concentración económica, producen inabordables barreras, provocando el hecho que la actividad política sea fácilmente manipulable por instrumentos mercantiles. Chile es uno de los países del mundo, donde la participación como candidato, en elecciones de representación popular, es de las más caras, incluso en comparación con países mucho más desarrollados que el nuestro. Esto es casi la vuelta atrás en dos siglos apuntando hacia la democracia censitaria. La actual ley de financiamiento electoral, permite que las personas jurídicas como las empresas, “voten” o influyan y por ese medio se concrete el traspaso “secreto” de fondos, para campañas electorales.

Debido al poco espacio que dejan las barreras institucionales existentes para la realización de los indispensables cambios democratizadores de la actividad política, esta se ha tornado facciosa y con un formato cada vez más mercantil. Esto entraña los riesgos de explosiones o implosiones políticas por motivos subalternos y el crecimiento de la corruptela facciosa. Para

enfrentarlos no basta con denuncias puntuales ni frases altisonantes. Se requiere urgente una cirugía mayor destinada a reinstalar la política en el sitio que parece haber perdido, con las consecuencias que ello implica.

NOTAS

1. El presente ensayo se vincula, y forma parte, de algunos resultados que el autor, junto a los otros integrantes del proyecto, desarrolló en el Proyecto del Fondo Nacional de Desarrollo Científico Tecnológico (FONDECYT Regular) N° 1060225 / 2006.